

# Introducción al número 14

Joan Martínez Alier

En el ecologismo exportado desde los Estados Unidos dominó y domina aún el Culto de la Naturaleza Silvestre, la llamada «ecología profunda», el respeto a las especies en peligro, la alarma por el crecimiento de la población humana. Espléndidas ideas! Muchos ecologistas las comparten, pero en Europa y también en los Estados Unidos crece una segunda corriente, la Modernización Ecológica que camina sobre dos piedras: el cambio tecnológico que lleva a la «desmaterialización» de la economía, y un nuevo sistema fiscal basado en eco-impuestos. Así, el desarrollo económico será ecológicamente sostenible, es decir: Desarrollo Sostenible. Ojalá acierten!

En Estados Unidos, la primera corriente (el ecologismo como movimiento monotemático cuyo interés exclusivo era la preservación intocable de la Naturaleza silvestre) fue representada desde el siglo pasado por John Muir, el Sierra Club y otras grandes organizaciones de defensa de la Naturaleza nacionales e internacionales. La segunda corriente, con más ingenieros y economistas que biólogos, aprovecha en Estados Unidos la herencia de Gifford Pinchot, quien defendió una explotación económica sostenible de los recursos naturales. Según esa segunda corriente, la inclusión del «capital natural» en el mercado puede contribuir a la conservación de la naturaleza. A veces, quienes han empezado sus vidas profesionales como defensores a ultranza de la pura naturaleza silvestre, las acaban (por ejemplo, Daniel Janzen en Costa Rica) como defensores de la venta de los recursos genéticos (acuerdo INBio-Merck) y la venta de otros servicios ambientales (absorción de carbono de los bosques en contratos de «implementación conjunta»).

Precisamente, James O'Connor señala en el artículo que publicamos, que la Historia Ecológica no debe ser una especialidad aislada, porque el ambiente natural proporciona las condiciones básicas de producción y de vida. El capitalismo avanza e incide cada vez más sobre el ambiente natural y lo

integra al Capital. Por eso, la historia ecológica cobra fuerza en nuestra época, como antes la tuvieron la historia política, la historia económica y la historia sociocultural. Es una nueva historiografía que dialécticamente incorpora esas otras historias.

Vemos pues que en el ecologismo podemos identificar

- 1) primera corriente: el Culto de la Naturaleza Silvestre.
- 2) segunda corriente: el Desarrollo Sostenible o Modernización Ecológica.
- 3) tercera corriente, que surge ahora, consciente de sí misma: la Justicia Ambiental, el Ecologismo de los Pobres, el Ecologismo Popular, que tiene una larga historia tras de sí, pero que recién está consiguiendo cambiar los términos del debate sobre la naturaleza del ecologismo.

Pertencen a esta tercera corriente quienes no separan a la especie humana de las demás especies tan tajantemente como en la «ecología profunda» sino que más bien aprecian la co-evolución humana con otras especies tal como se manifiesta en los conocimientos agroecológicos y medicinales, y quienes no creen posible un crecimiento «desmaterializado» que logre suprimir la contradicción entre economía y ecología. El artículo de Ramachandra Guha (quien polemiza contra la «ecología profunda» exportada al Sur) se inscribe en esta tercera corriente, y también el de Michael Dorsey que analiza las luchas contra el «racismo ambiental» en los Estados Unidos. Un ingrediente de estas luchas ha sido el desafío a las estadísticas oficiales en notables casos de «epidemiología popular».

Sabemos que, en la práctica, la separación entre las tres corrientes del ecologismo es borrosa. Por ejemplo, Greenpeace hace campañas por la preservación de algunas especies de ballenas y al mismo tiempo apoya luchas de barrios contra los peligros de la emisión de dioxinas y furanos en las incineradoras. Y al revés, estar a favor del «ecologismo de los pobres», no implica despreocuparse de la suerte de otras especies, ni despreciar las posibilidades de cambios tecnológicos

como la introducción masiva de energía fotovoltaica, apoyados eventualmente por políticas económicas.

Los incendios de Borneo y Sumatra, causados por empresas que quieren convertir la tierra en plantaciones de palmas de aceite o de árboles para pasta de papel, horrorizan a la vez a los partidarios del «ecologismo popular», del «desarrollo sostenible» y de la «naturaleza silvestre». Los más entusiastas y optimistas partidarios de una «desmaterialización» de la economía (como el Instituto de Wuppertal), que sostienen que el nivel de vida europeo puede mantenerse reduciendo los insumos materiales y energéticos por un «factor 4» y hasta por un «factor 10»; simultáneamente se preocupan por el excesivo «espacio ambiental» ocupado por Europa en detrimento de la humanidad pobre: participan, pues, de las corrientes segunda (mucho) y tercera (un poco).

La gente pobre del Sur no discute sobre la economía «desmaterializada» ni sobre los impuestos ecológicos. La gente pobre defiende los recursos que necesita para vivir y, sin saber que es ecologista, defiende por tanto a la Naturaleza contra empresas mineras, petroleras, acuicultoras, agrícolas y forestales. Dentro de esa corriente del ecologismo popular, *Ecología Política* recoge en este número un dossier preparado por Ivonne Ramos, Verónica Vidal y otras, con episodios de resistencia contra el actual Boom Minero en América latina, y también algunas protestas contra monocultivos forestales («las plantaciones no son bosques»).

Asimismo, Libia Grueso, Carlos Rosero y Arturo Escobar explican cómo en la costa del Pacífico de Colombia, una de las zonas del mundo de mayor biodiversidad, la avalancha homogenizadora desarrollista fomenta inesperadamente la identidad y la organización de las comunidades afroamericanas, en la línea de un «ecologismo popular» que tal vez no utiliza tan siquiera la palabra «ecología».

Los daños ambientales (tanto locales como globales), el expolio de recursos y las exportaciones mal pagadas, dan lugar a una Deuda Ecológica del Norte al Sur, que hasta ahora los gobiernos no han reclamado. Así, Oilwatch de Venezuela denuncia el ataque a los Waraos y otros indígenas al avanzar

la frontera del petróleo para exportar más y más a los Estados Unidos, al tiempo que Clinton y Gore dicen estar preocupados por el aumento del efecto invernadero (causado en buena parte por la combustión de petróleo!). Otro bloque de artículos y entrevistas (de Eduardo Mora, de Alberto Acosta, de Elizabeth Bravo, y uno mío) explican las raíces históricas y las dimensiones actuales de la Deuda Ecológica, la comparan con la Deuda Externa, y discuten cómo la reclamación de la Deuda Ecológica puede frenar la biopiratería, el comercio ecológicamente desigual, la ocupación abusiva de «espacio ambiental» por parte de los ricos.

El artículo de Mary Mellor sobre el ecofeminismo materialista une también la preocupación ambiental y la justicia social y económica. Las ecofeministas (como Marilyn Waring, Maria Mies, Hillka Pietilä y otras) han lanzado un enorme desafío a la economía al mostrar que la contabilidad habitual hace invisibles los servicios de la naturaleza y los trabajos de cuidar de las personas. Además, las ecofeministas (véase Ariel Salleh, *Eco-Feminism*, Zed, Londres, 1997) muestran que todos dependemos y somos parte de la naturaleza, tanto las mujeres como los hombres, aunque muchos hombres crean, en su alienación, que están por encima de ella (y de ellas), como sus dueños y poseedores. ¿Es el ecofeminismo la fuerza principal del ecologismo?

Finalmente, un anuncio: el número 15 de *Ecología Política*, coordinado por Rafael Grasa (Dpt. de Ciencia Política, Universitat Autònoma, Bellaterra, Barcelona 08193), estará dedicado a la «Seguridad Ecológica». ¿Es el enfoque de la «Seguridad Ecológica» más propio del Pentágono o de la OTAN que del «ecologismo popular»? ¿Es tal vez propio de quienes defienden los Parques Naturales donde se refugia la «naturaleza silvestre» contra las masas empobrecidas? ¿Servirá, al contrario, el lenguaje de la «Seguridad Ecológica» para oponerse, a la abusiva ocupación de los sumideros mundiales de carbono por las personas y países ricos? ¿No está siendo amenazada la «Seguridad Ecológica» de varios territorios (por ejemplo Bangla Desh) por las desproporcionadas emisiones de dióxido de carbono de las personas y países ricos?